

ofrecer el resto de sus días por la salvación del país. Despojábanse de sus chaquetas ó casacas delante de los representantes, y mostraban su pecho desnudo, sus espaldas y brazos aún robustos, para probar que sus miembros tenían fuerza para llevar la mochila y el fusil, y arrostrar las fatigas de una campaña. Los padres, inscribiéndose con sus hijos, los ofrecían á la patria pidiendo marchar en su compañía. Las mujeres, para seguir á sus maridos ó sus amantes, ó animadas por aquel delirio de la libertad y de la patria, el más generoso y desinteresado de todos los afectos, abandonaban los trajes propios de su sexo, vestían el uniforme de voluntarios y se alistaban en los batallones de sus departamentos.

Estos voluntarios recibían un pasaporte para ir al depósito designado por el ministro de la Guerra, y recibir allí el equipo, la instrucción y la organización. Empezaban la marcha por grupos más ó menos numerosos, tambor batiente y cantando himnos patrióticos, acompañados hasta una gran distancia de sus pueblos por las madres, hermanos, hermanas y novias, que llevaban la mochila y las armas, y que no se separaban de ellos hasta que la fatiga había agotado, no su ternura, sino sus fuerzas. Donde quiera que se reunían carreteras, en los lugares elevados, en las entradas y salidas de las ciudades, á las puertas de las posadas aisladas donde estos destacamentos hacían alto, eran testigos los viajeros de aquellas separaciones y despedidas. Los voluntarios á quienes estos últimos abrazos dejaban rezagados, enjugaban sus lágrimas marchando aceleradamente para alcanzar á su batallón sin mirar hacia atrás, temiendo dudar y enternecerse, y volvían á cantar con una voz baja pero segura la estrofa de la *Marsellesa* que entonaban sus camaradas: *¡Allons, enfants de la patrie!*

La población de las ciudades y aldeas que atravesaban salía á las puertas de las casas para verlos pasar y ofrecerles pan y vino. En los puntos donde debían detenerse, se disputaban quién los alojara, como si fuesen hijos de la familia. Las sociedades patrióticas salían á su encuentro, ó les convidaban á asistir por la noche á su sesión. El presidente les arengaba, los oradores del club fraternizaban con ellos é inflamaban su valor, citando victorias tomadas de las historias de la antigüedad. Se les enseñaban los himnos de los dos Tyrteos de la revolución, los poetas Lebrun y Chenier; se les embriagaba con el ardor santo por la patria y con el fanatismo de la libertad.

Tales eran los elementos del ejército que marchaba por todos los caminos de Francia desde el centro hacia las fronteras, y que Dumouriez organizaba sobre la marcha.

Este general, después de haber pasado cuatro días en París, en conferencias secretas con Danton y en conferencias militares con Servan, entonces ministro de la Guerra, salió el 20 de Octubre para ir á su cuartel general de Valenciennes. Antes de presentarse en esta ciudad, pasó dos días en una quinta que tenía en las inmediaciones de Peronne, para meditar sobre dos objetos: su plan de campaña para libertar á Bélgica de manos de los austriacos, y su plan de conducta para adular ó intimidar á la Convención, servir á la república si sabía darse un gobierno, dominarla y destruirla si, como lo temía, pasaba de una anarquía á otra entre las manos de todas las facciones. El general había salido despreciando mucho á los girondinos, y lleno de confianza en el genio de Danton. El indeciso horizonte de su fortuna le presentaba dos perspectivas, sobre las que se complacía

igualmente en detener su imaginación: una dictadura para él mismo, dividida en lo interior con Danton, ó el papel de Mouk modificado por la diferencia de los tiempos y de los hombres; es decir, el restablecimiento por manos del ejército de una monarquía constitucional, cuyo pensamiento le sugería el duque de Chartres.

Mientras que Dumouriez combinaba así las probabilidades que podían traer en pos de sí la guerra ó la revolución, Servan dejó el ministerio, en el cual le reemplazó Pache.

## XIII

Pache, personaje subalterno que acababa de salir de repente de la oscuridad, elevado al ministerio de la Guerra por los girondinos, era amigo de Roland, y uno de esos hombres cuya ambición se oculta bajo una modestia que tranquiliza contra sus pretensiones. Apenas se sabía cuál era su origen y por qué medios había marchado ó arrastrado hasta allí en la vida; sólo se sospechaba que era hijo de un portero del duque de Castries, educado por el interés de aquella ilustre familia, y que á su vez se había encargado él de educar á uno de los hijos de la misma casa. Instruido, estudioso y reservado, no dejando escapar en la conversación más que las palabras escasas y precisas que indicaban la exactitud y universalidad de su inteligencia, parecía muy á propósito para llegar á ser una de aquellas ruedas útiles del mecanismo de la administración, é incapaces de aspirar á ser nunca los reguladores. Tenía un desinterés hipócrita, pues ocultaba su deseo de mando bajo la apariencia y la sencillez de un filósofo. Esta austeridad antigua había seducido á madama Roland, que se entusiasmaba con todo lo que le hacía recordar los hombres de Plutarco. Había conseguido que su marido hiciese á Pache jefe de su gabinete particular en el ministerio del Interior, y confidente y auxiliar en sus trabajos más difíciles y secretos. Veía en Pache uno de esos hombres prudentes que la Providencia coloca en torno de los hombres de Estado para inspirarles sus consejos.

En el momento que Servan fué llamado al ministerio de la Guerra, entró Pache en su administración con el mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicación en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland había propuesto á Pache para la Guerra en el Consejo de ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veían en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su casa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaría los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el Consejo, sacudió como un recuerdo importuno toda dependencia como todo reconocimiento hacia su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto, y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debían hacer caer á Roland del poder y conducir á su mujer al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administración del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vincent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, joven franciscano, discípulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en París. Pache, únicamente ocupado en extender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs donde se veía el traje, las costumbres y el lenguaje de la más desenfadada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola reemplazaban al uniforme. Las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacían

gala en todas partes de la exageracion de su patriotismo. Este ministerio no podia servir las miras de Dumouriez, á quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos. El nombramiento de Pache le aterró, y comprendió vagamente desde entónces que bien pronto se veria reducido, por la enemistad de los jacobinos, á la alternativa de humillarse ante ellos ó de hacerles temblar delante de él.

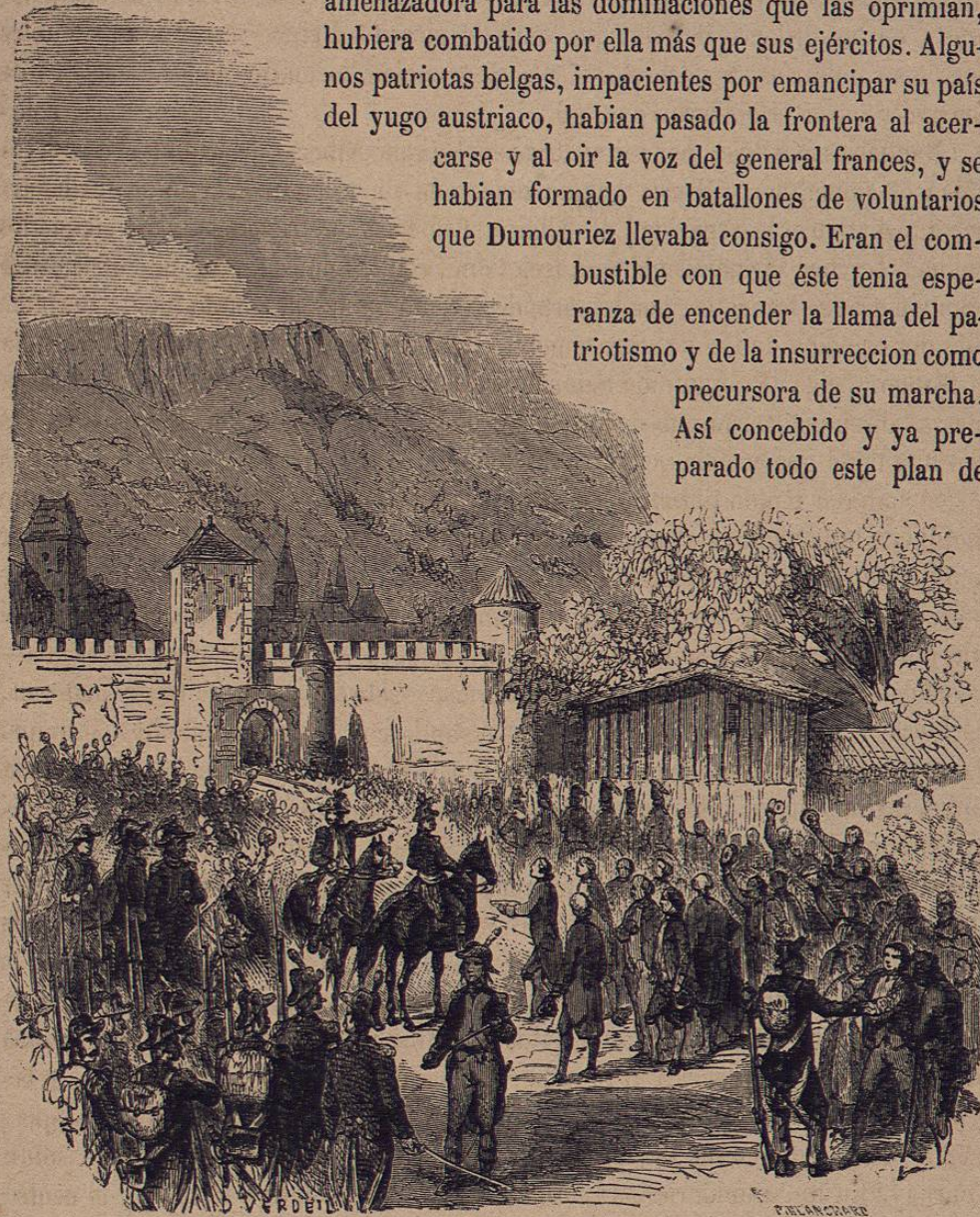
Así que llegó á Valenciennes, Dumouriez redactó su plan de invasion de Bélgica, y envió á cada uno de los generales que estaban á sus órdenes la parte de cuya ejecucion les encargaba, y cuyo conjunto él solo conocia, dirigiendo los movimientos combinados. Sus fuerzas ascendian á ochenta mil combatientes. El entusiasmo que habia conducido sus batallones á la frontera se aumentaba aún con la esperanza de una conquista hecha en nombre de la república. Tenian en su general en jefe aquella confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champagne inspiraba á los soldados. En donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial se revelaba en su fisonomía, en sus palabras y en las órdenes del dia que daba al ejército. Parecia le importaban muy poco los comisarios, los decretos de la Convencion, las miras del ministro de la Guerra, y llevar el gobierno consigo.

Mandaba en Bélgica por los austriacos el duque Alberto de Sajonia-Teschen, á quien el emperador y Prusia habian dejado en un aislamiento que comprometia por aquella parte la seguridad de Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Sajonia-Teschen apenas llegaban á treinta mil combatientes, de los que cuatro mil eran emigrados franceses, por la parte de Namur, al mando del duque de Borbon, hijo del príncipe de Condé. Sus tenientes cubrian con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Sajonia-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, pronto á avanzar ó á replegarlas sobre sí, ocupaba á Bruselas con una débil guarnicion.

Si hubiese tenido entónces Dumouriez el genio innovador de la guerra, que multiplica la fuerza de los ejércitos concentrándolos, hubiera podido combatir cada uno de aquellos cuerpos aislados de los austriacos con toda la masa de sus tropas, y avanzando despues en una sola columna al centro de Bélgica, cortar los otros cuerpos, mutilarlos ó disolverlos con su presencia. La poca confianza que el general tenia aún en sus batallones de voluntarios, y sobre todo, la falta de material, de carros y de víveres, á lo que no podia suplir con requisas militares, le impidieron ejecutar aquella inspiracion. La rutina de las antiguas guerras embarazaba aún el instinto de los más grandes generales. Dumouriez dividió su ejército en cuatro cuerpos, imitando al duque de Sajonia-Teschen. El general Valence, su brazo derecho y su discípulo predilecto, mandaba el ejército de los Ardennes, que venia tambien de Valmy para oponerse á Clairfayt. Valence recibió la orden de ir sobre Namur, para impedir, si aún era tiempo, la reunion de Clairfayt al ejército de Bélgica junto á los muros de Mons; pero era demasiado tarde: las primeras columnas de Clairfayt ya habian entrado en Mons. El segundo cuerpo, de doce mil hombres, al mando del general D'Harville, amenazaba á Charleroi; el tercero, á las órdenes del general Labourdonnaye, que mandaba el ejército del Norte propiamente dicho, compuesto de diez y ocho mil hombres, debia adelantarse sobre Tournay. En fin, Dumouriez, á la cabeza de dos cuerpos que formaban el centro de aquel ejército, con la fuerza de treinta y cinco mil hombres, debia marchar

sobre Mons y dar un golpe decisivo al ejército reunido de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, dividir aquel ejército en dos y marchar por aquella brecha sobre Bruselas, insurreccionando á derecha é izquierda las provincias belgas, y sirviendo de vanguardia á los tres cuerpos de Valence, de D'Harville y de Labourdonnaye. Se habian redactado por Dumouriez mismo proclamas en estilo revolucionario moderado, llamando á Bélgica á la independencia y á propósito para hacer fermentar en aquellas provincias el antiguo germen de su revolucion. Estas proclamas, obra maestra de habilidad, recordaban la prudencia del diplomático, la mano del revolucionario y la espada del guerrero. Dumouriez se presentaba allí ménos como conquistador que como libertador; los franceses hablaban á los pueblos como hermanos que venian á ayudarlos contra sus opresores; era el verdadero espíritu de la revolucion hablando por boca de su primer general. Si hubiese hablado y obrado en el sentido de Dumouriez, su propaganda, pacífica para las nacionalidades y sólo

amenazadora para las dominaciones que las oprimian, hubiera combatido por ella más que sus ejércitos. Algunos patriotas belgas, impacientes por emancipar su país del yugo austriaco, habian pasado la frontera al acercarse y al oír la voz del general frances, y se habian formado en batallones de voluntarios que Dumouriez llevaba consigo. Eran el combustible con que éste tenia esperanza de encender la llama del patriotismo y de la insurreccion como precursora de su marcha. Así concebido y ya preparado todo este plan de



Entrada del ejército frances en Chambéry.—Pág. 343.

campana, se cifraba en la primera batalla empeñada bajo los muros de Mons, entre el ejército de Dumouriez apoyado por el de Valence y sostenido por el de D'Harville, por una parte, y el ejército del duque de Sajonia-Teschen y de Clairfayt, por otra, acampado, fortificado y teniendo á la espalda una ciudad importante. Todo marchó desde aquel momento con rapidez y concierto hácia Mons, donde Bélgica debía ser conquistada ó perdida. Las miras de Dumouriez, claramente indicadas por la disposicion de sus cuerpos y por la marcha de sus columnas, habian sido conocidas por la prevision militar de Clairfayt. Este y el duque de Teschen, reunidos con una masa de treinta mil combatientes delante de Mons, habian tenido tiempo para escoger el terreno, designar el campo de batalla, apoderarse de las alturas, cerrar los desfiladeros, escarpar las pendientes y armar los reductos en los puntos por donde habia posibilidad de acercarse á ellos.

El campo de batalla, que de este modo habian cubierto de almenas y empalizadas, rodeado de barrancos, de canales y de riachuelos, como una inmensa plaza fuerte, es una cordillera de colinas con algunas pequeñas desigualdades en los puntos en que se reunen, y que se extiende á media legua de Mons. Esta línea de alturas está cubierta en su cumbre por un bosque. La villa de Jemmapes, colocada sobre las últimas gradas de aquella cadena de colinas, la termina por la derecha; á la izquierda se inclina y va descendiendo hácia la villa de Cuesmes. El espacio comprendido entre estas dos villas, de que los austriacos habian hecho dos ciudadelas, forma naturalmente dos ó tres ángulos entrantes, donde se habian colocado baterías para acribillar con fuegos cruzados las columnas que intentasen subir la cuesta.

Delante se extiende, como el estanque de un lago sin agua, un llano profundo, estrecho, y cuyas tierras bajas forman recodos y ensenadas entre los picos de las peñas que le rodean. Detras, y sobre todo por el lado de Jemmapes, la colina donde estaban el campamento y los reductos del ejército austriaco entra en un lagunal entrecortado de canales de desagüe, de charcos de agua estancada, de terreno blando que tiembla al andar por encima, y de juncos que forman cercas elevadas en las orillas de los fosos, y hacen imposible el acceso á la caballería y á la artillería. Cubierto por detras por este lagunal y por la ciudad de Mons, flanqueada su ala derecha por la villa de Jemmapes y la izquierda por la de Cuesmes, que toca á los arrabales de aquella gran ciudad cerrada, el ejército austriaco, teniendo delante y á sus piés sus baterías y sus reductos con ciento veinte piezas de artillería, y sus puestos avanzados fortificados en las últimas desigualdades del terreno que se adelantaban en el llano, nada podia temer sobre su línea de retirada y sobre sus flancos, teniendo sólo que combatir de frente á los franceses que avanzasen á descubierto bajo sus fuegos y en un estanque que rodeaba por todas partes. La pericia de los dos generales austriacos habia suplido al número por la formidable posicion de su ejército; la eleccion y la disposicion de este campo de batalla indicaban á Dumouriez que habia encontrado en Clairfayt un general digno de competir con él.

## XIV

El dia 5 de Noviembre, despues de haber desalojado á los austriacos el 3 y el 4 de algunos puestos avanzados que se adelantaban mucho en el camino y en

el llano, Dumouriez se desplegó sobre una inmensa línea convexa que se apoyaba por la izquierda en el pueblo de Quaregnon, que no habia podido tomar la víspera, y por la derecha en la aldea de Ciply, al pié de las alturas de Berthamont y del monte Palisel, que dominan un arrabal de Mons. Se colocó en el centro de aquella línea de batalla, á igual distancia de sus dos alas. D'Harville, que formaba el extremo de su ala derecha al pié del monte Palisel y casi bajo los muros de Mons, tenia orden de permanecer en observacion, y de aprovecharse del movimiento de retirada y de confusion que produciria el ataque de las tropas francesas al ejército austriaco, para apoderarse del camino de Mons y cerrarle las puertas de aquella ciudad, donde el duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt contaban sin duda hallar un refugio. Beurnonville, á quien Dumouriez confió una vanguardia igual en número á un cuerpo de ejército, estaba encargado con lo mejor de sus tropas de entablar la accion, apoderándose y tomando el pueblo y la meseta fortificada de Cuesmes, á la izquierda de los austriacos. Cinco reductos habia en esta temible meseta; toda la línea enemiga entre Cuesmes y Jemmapes estaba igualmente amurallada con reductos sobrepuestos los unos á los otros, y cuyos fuegos se cruzaban, en caso de necesidad, por lienzos de pared hechos con árboles cortados y entrelazando con ellos las ramas, lo que hacía imposible que la caballería se acercase, y ménos la artillería, por barrancos que la azada habia ahondado más, y por casas aspilleradas desde donde los tiradores del Tirol, de certera puntería, podian hacer fuego con tranquilidad y á cubierto y diezmar las filas de nuestras columnas de ataque. Tan sólo en el centro, el lugar y el bosque de Flenu, colocados sobre un terraplen más ancho y ménos rápidamente inclinado, dejaban á la caballería francesa una garganta por donde podia pasar hasta el pié de la altura. El camino, interceptado sin embargo por la misma aldea de Flenu, estaba ademas obstruido de antemano por los escuadrones elegidos de la caballería austriaca. El anciano general Ferrand, recuerdo de Laufelt y de la guerra de los Siete años, pero que se rejuvenecia con el estruendo del cañon, mandaba el ala izquierda, situada poco más atras de la línea de batalla á causa de la aldea de Quaregnon, ocupada aún por una fuerte columna austriaca con artillería, delante de las alturas de Jemmapes.

El duque de Chartres, despues rey de los franceses, mandaba el centro á vista del general en jefe; era el más jóven de los tenientes de Dumouriez y el más favorecido por este general. Hubiera podido decirse que su jefe deseaba le iluminase un rayo de gloria para designarle á Francia y á un destino que el instinto político de Dumouriez entreveia á traves del humo de sus primeros campamentos.

El duque de Chartres debia emprender el movimiento para dar el último asalto por el centro inexpugnable de la posicion de los enemigos. Ferrand y Beurnonville debian tomar ántes uno de los dos extremos más accesibles de Jemmapes ó de Cuesmes; una ú otra de estas posiciones era la única puerta por donde el ejército frances podia desembocar en la meseta y acercarse de flanco ó rodear al ejército austriaco.

Dumouriez tomaba estas disposiciones rodeado de su estado mayor, arreglándose al mapa más bien que por la vista de los puntos. Las cercas, los bosques, los grandes árboles que hay en los límites de los campos y de los caminos en las tierras crasas de Bélgica, interceptaban todo el horizonte que podia descubrir el gene-